



CAMPO Y CAMPESINOS EN LA ESPAÑA MODERNA

CULTURAS POLÍTICAS EN EL MUNDO HISPANO

MARÍA JOSÉ PÉREZ ÁLVAREZ
ALFREDO MARTÍN GARCÍA

(EDS.)

[ENTRAR]

CRÉDITOS

CAMPO y campesinos en la España Moderna. Culturas políticas en el mundo hispánico (Multimedia)/María José Pérez Álvarez, Laureano M. Rubio Pérez (eds.); Francisco Fernández Izquierdo (col.). – León: Fundación Española de Historia Moderna, 2012

1 volumen (438 págs.), 1 disco (CD-Rom): il.; 24 x17 cm.

Editores lit. del T. II: María José Pérez Álvarez, Alfredo Martín García

Índice

Contiene: T. I: Libro – T. II: CD-Rom

ISBN 978-84-938044-1-1 (obra completa)

ISBN T. I: 978-84-938044-2-8 (del libro)

ISBN: 978-84-938044-3-5 (CD-Rom)

DEP. LEG.: LE-725-2012

1. Campesinado-España-Historia-Edad Moderna 2. Culturas políticas-España-Historia I. Pérez Álvarez, María José, ed. lit. II. Rubio Pérez, Laureano M., ed. lit. III. Martín García, Alfredo, ed. lit. IV. Fernández Izquierdo, Francisco, col. V. Fundación Española de Historia Moderna. VI.

323.325(460)''04/17''

316.74:32(460)

Edición:

Fundación Española de Historia Moderna
C/Albasanz, 26-28 Desp. 2E 26, 28037 Madrid (España)

© Cada autor de la suya

© Fundación Española de Historia Moderna

© Foto portada: *Mataotero del Sil*

Editores de este volumen:

María José Pérez Álvarez

Alfredo Martín García

Coordinación de la obra:

María José Pérez Álvarez

Laureano M. Rubio Pérez

Alfredo Martín García

Colaborador:

Francisco Fernández Izquierdo

Imprime:

Imprenta KADMOS

Compañía, 5

37002 Salamanca

[VOLVER]

La ruptura de un viejo orden: movimientos contestatarios en los señoríos navarros (siglos XVI-XVIII)

Javier Ruiz Astiz
Becario. Archivo del Senado
jruizast@alumni.unav.es

Resumen

El estudio de los motines que se produjeron en Navarra contra el régimen señorial nos va a permitir reconstruir las características propias de aquellos lances y las causas que los originaron. Todo ello nos hará pensar que detrás de estos sucesos existió un profundo malestar que se fue gestando durante el Antiguo Régimen. Con el paso de las décadas se afianzó un ideario popular en contra de los señores locales, por lo que sus actuaciones y excesos funcionaron como detonantes para el estallido de altercados. Dicho fenómeno será estudiado en el presente estudio a partir de la actitud que mantuvieron no solo los amotinados y los señores navarros en defensa de sus derechos, sino también gracias a la postura que adoptaron las autoridades del reino de Navarra.

Palabras clave

Reino de Navarra; Edad Moderna; motín; señorío; violencia.

Rupture of the old order: rural movements in navarrese lordships (XVIth-XVIIIth centuries)

Abstract

The study of the riots that took place in Navarre against the lordship regime is going to us to allow to reconstruct the own characteristics of those you send and the causes originated that them. All this will make us think that behind these events a deep malaise existed that went developing during the Old Regime. With the passage of the decades mentality popular against the local gentlemen held fast, reason why their activities and excesses worked like detonating for the argument outbreak. This phenomenon will be studied in the present study from the attitude that maintained not only the rioters and the Navarrese gentlemen in defense of their rights, but also thanks to the position that adopted the authorities of the Kingdom of Navarre.

Keywords

Kingdom of Navarre; Early Modern Age; riot; lordship; violence.

Introducción

Los altercados de raíz antiseñorial obedecieron a una multiplicidad de causas, puesto que cada disturbio fue irrepetible y distinto a cualquier otro por sus propias circunstancias y el contexto en el que se originó¹. Todos ellos persiguieron unos objetivos determinados en cada momento, estando todos ellos en la mayoría de las ocasiones perfectamente definidos en el imaginario colectivo. Como se podrá comprobar los sucesos estudiados no tuvieron nada que ver, mayoritariamente hablando, con actos vandálicos que estuviesen guiados por la espontaneidad

¹ GUILARTE, A. (1987). *El régimen señorial en el siglo XVI*. Valladolid: Universidad de Valladolid, p. 116; CABRERA, E. (1995). “Violencia urbana y crisis política en Andalucía durante el siglo XV”. VV.AA. (eds.) *Violencia y conflictividad en la sociedad de la España bajomedieval*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, p. 10; VALDEÓN BARUQUE, J. (1993). “Resistencia antiseñorial en la Castilla medieval”. En Sarasa, E. y Serrano, E. (eds.). *Señorio y feudalismo en la Península Ibérica*. Vol. II. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, p. 326.

e improvisación, sino que estos altercados siempre arrastraron un malestar lastrado con el paso del tiempo².

A lo largo de este estudio nos centraremos en el análisis de los distintos desórdenes y motines que se originaron contra el régimen señorial en la Navarra de los siglos modernos. Trataremos de sumergirnos en aquella sociedad a través de la actitud que adoptaron todos los que se vieron implicados en dichos sucesos. Lo que nos permitirá conocer el punto de vista de los amotinados, los demandantes y las autoridades navarras. De esta manera conseguiremos apreciar de forma nítida el trasfondo de aquellos lances. Resulta obvio pensar que tanto los causantes de los motines como sus víctimas tratasen de defender sus intereses hasta el final. Sin embargo, ¿cuál fue la postura adoptada por las autoridades navarras para frenar estas alteraciones: salieron en defensa de los señores o se preocuparon más del bienestar comunitario?

Lo realmente importante es que para la elaboración de este trabajo hemos decidido consultar los pleitos relativos a desórdenes antiseñoriales que fueron juzgados por los Tribunales Reales de Navarra durante la Edad Moderna. En total se trata de 44 procesos judiciales que se encuentran depositados, principalmente, en el Archivo General de Navarra. Bien es cierto que también se ha consultado el Archivo Diocesano de Pamplona. Gracias a ello podemos reconstruir sin ningún tipo de problemas la sociedad navarra del momento. Dados los objetivos de este estudio y de las características de las principales fuentes manejadas estimamos adecuado emplear para su estudio un procedimiento de análisis cualitativo en cada proceso. Un método que nos revela la naturaleza de los agravios y los motivos que se encerraron en cada uno de los sucesos vistos.

En suma, lo que se pretende demostrar es que la sociedad navarra pese a la tranquilidad en la que vivió sumida a lo largo de la Edad Moderna también acudió a comportamientos violentos cuando no encontró una opción más eficaz como respuesta a situaciones injustas para sus intereses. Unas respuestas que fueron mucho más habituales durante los siglos XVI y XVII, siendo sustituidas mayoritariamente en el XVIII por el recurso a los tribunales de justicia. Por lo que se aprecia una tendencia en el modo de manifestar el descontento contra sus señores, pasando de las algaradas a los pleitos judiciales. Lo que invita a pensar que durante estas centurias se produjo un desgaste en torno a la concepción de una sociedad articulada a partir de los privilegios y las prerrogativas que determinados personajes ostentaban. Proceso que culminaría en el siglo XIX con una ruptura total del orden que hasta entonces había imperado. No obstante, las actitudes colectivas en la Navarra moderna comenzaron a cuestionar este modelo desde el XVI, por lo que se trató de un proceso que se fue gestando con el paso de los siglos y que resultó imprescindible para la descomposición de una manera de articular y concebir la sociedad.

Radiografía de un tipo de desorden público

Las resistencias que surgieron en distintas poblaciones del reino de Navarra contra el dominio señorial encerraron una profunda complejidad. Las tensiones y enfrentamientos de carácter antiseñorial aguardan una explicación mucho más difícil de lo que a simple vista pueda

² CABRERA, E.; MOROS, A. (1991). *Fuenteovejuna. La violencia antiseñorial en el siglo XV*. Barcelona: Crítica, p. 154; DE LA TORRE, J. (1992). *Lucha antifeudal y conflictos de clases en Navarra, 1808-1820*. Bilbao: Universidad del País Vasco, p. 148.

parecer. Sin duda, la dominación y los abusos de los señores suscitaron en determinadas situaciones desórdenes contra sus atribuciones y derechos, llegando incluso al asesinato selectivo. Pese a ello, los ataques contra el régimen señorial no fueron nunca la respuesta a la actuación desmedida de determinados señores, sino más bien la consecuencia directa de la existencia de una contradicción objetiva entre los intereses que entraban en juego y que trataban de defender tanto unos como otros. No obstante, todos ellos se caracterizan por una serie de aspectos básicos que nos ayudan a entenderlos de un modo más preciso. Si por algo se caracterizaron todos ellos fue por su perfecta y detallada estructuración en diferentes etapas.

En un primer momento este tipo de altercados estallaron como consecuencia de la sensación de hastío y malestar existente con anterioridad, lo cual fue un caldo de cultivo inmejorable. Es en esta primera etapa cuando se producía la organización del motín o tumulto: asistíéndose en ocasiones a la celebración de reuniones secretas entre sus promotores, así como a la elaboración de libelos y pasquines difamatorios. No sorprenderá, por tanto, que en la villa de Miranda de Arga en 1655 resultasen habituales “las juntas y consultas que han hecho” en casa de Juan Antonio Romeo, alcalde, algunos de sus vecinos entre los que se encontraban Francisco de Artieda, Bartolomé Romeo y Jacinto de Artieda, las cuales “han dado y causado mucha murmuración”, ya que “mayormente que de continuo asistían en casa de dicho alcalde”³.

En una segunda etapa nos encontramos con la existencia de distintos detonantes que estimulaban los ánimos de la gente y provocaban que se produjesen acciones de violencia colectiva. Sin duda, las circunstancias debieron ser las adecuadas, por lo que también es necesario tener en cuenta cuándo y dónde se iniciaba cada altercado. Una vez que éstos surgían resultaba imprescindible que se produjese un contagio emocional, el cuál siempre se veía estimulado por los gritos de sus participantes, las consignas que éstos cantaban y por el bandeo de campanas llamando a la insurrección. Esto es lo que sucedió en la villa de Peralta en 1534, puesto que el enfrentamiento entre los vecinos de esta localidad y los de Marcilla se originó “en especial a repique de campana con mucho alborote y ruido”⁴. La misma táctica, según se refleja en la queja criminal que presentó en 1593 el Condestables de Navarra contra varios vecinos de Larraga, fue empleada por sus habitantes porque todos “juntos en cuadrilla a mano armada, amotinando y rebelándose” estuvieron “por tres o más veces repicando las campanas al arma”⁵.

La tercera etapa de estos movimientos de carácter comunitario se caracterizaba por la exaltación a la fuerza de la colectividad. Estos comportamientos se pusieron de manifiesto a través del recurso a toda una parafernalia de carácter intimidatorio que se basó en el uso de todo tipo de armas, la necesidad de proferir insultos y amenazas, así como arengas populares llamando al apoyo del vecindario. Entre quienes fueron sus participantes nos encontramos mayoritariamente con miembros del sexo masculino, pese a que también es cierto que en algunas ocasiones se puede apreciar un número similar tanto de hombres como de mujeres, e incluso de niños y muchachos. En 1607 en Lodosa fueron varios de sus vecinos, entre los que se encontraron Francisco Martínez, Juan Resano, Domingo Díaz, Juan Mateo y Juan Antón, los que se

³ ADP, Audiencia Episcopal. Procesos, núm. C/ 1042-nº 23, fol. 11.

⁴ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 269, fol. 1.

⁵ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 29158, fol. 8.

dedicaron a gritar desde el campanario de la iglesia: “guerra, guerra, mueran, mueran, matemos al Conde y sus criados”⁶.

En la cuarta etapa es cuando se produjeron las agresiones y los destrozos premeditados. Este tipo de violencia se ejerció de un modo selectivo, obedeciendo a una planificación determinada y concreta que se caracterizó por saber perfectamente cuáles eran sus límites. De este modo, fueron habituales agresiones físicas no muy virulentas, compuestas muchas veces por empujones y bofetadas, aunque por encima del resto destacan los ataques a determinados símbolos, caso de las picotas, los escudos de armas o las ventanas y puertas de las casas. Pese a ello, en alguna ocasión se produjeron acciones cargadas de una violencia desenfundada por su carácter imprevisible. Dentro de los destrozos que se originaron en algunos de estos casos no debe sorprender los que fueron denunciados por el Condestable de Navarra en 1593, ya que en la localidad de Larraga sus comisarios hallaron “la picota redonda del rollo” destrozada, “la mitad de ella junto al pozo de la plaza debajo hecha pedazos”⁷. Por otra parte, cabe señalar que también fueron objeto de sus iras los escudos de armas, por lo que en Morentín la familia Palacios demandó a la práctica totalidad del vecindario en 1550 porque su escudo “lo hicieron pedazos y lo arrojaron a pedazos por el suelo”⁸ de la parroquia local.

Por último, en la quinta etapa se pone de manifiesto el triunfo del populacho frente al temor que transmiten sus víctimas. Fue en estos momentos cuando los “verdugos” celebraban su efímero éxito, momento en el que la parte ofendida trató de evitar males mayores con la adopción de diferentes pautas, caso del atrincheramiento en sus casas o de la huida para evitar a través de ambos mecanismos las posibles iras del pueblo. Dentro de estas últimas no sorprende que en 1607 el Conde de Lodosa decidiese refugiarse en su casa junto a sus criados porque “de otra manera sin duda los hubieran muerto los acusados y los demás amotinados”⁹.

A través de estas líneas han quedado perfectamente detallados los rituales que adoptaron estos acontecimientos colectivos, pudiéndose apreciar que la multitud amotinada pasaba por distintas fases y que en cada una de ellas tenían unos fines y objetivos determinados que alcanzar.

La postura de los amotinados

La sociedad navarra acudió a comportamientos violentos cuando no encontró una opción más eficaz como respuesta a situaciones injustas para sus intereses. Durante estas centurias se fue produciendo un desgaste en torno a la concepción de una sociedad articulada a partir de los privilegios y las prerrogativas que determinados señores ostentaban. Se trató, por tanto, de un proceso que se fue gestando con el paso de los siglos y que resultó imprescindible para la descomposición de una manera de articular y concebir la sociedad.

Tras los desórdenes públicos que se originaron contra éstos nos encontramos con una enorme variedad de motivaciones, aunque lo realmente importante son las creencias y los argumentos que esgrimieron los sublevados. Uno de los aspectos que provocó un mayor número de

⁶ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 101219, fol. 384.

⁷ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 29158, fol. 8.

⁸ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 95846, fol. 3.

⁹ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 101219, fol. 385.

altercados fue la jurisdicción criminal. Esta última fue tan importante en el imaginario popular que desencadenó en el reino de Navarra algunos ejemplos de sumo interés. Corría el 24 de julio de 1593 cuando en Larraga entre las doce o la una del mediodía recorría María de Irisarri la calle de la Fuente “con grandes gritos y voces”. Su objetivo era que se juntara todo el pueblo “para quemar la posada con todos los que en ella estaban”. Lo que concitó que una gran parte de los vecinos del pueblo se congregasen a sus puertas “muy alterados”. La llegada ese mismo día de varios personajes –entre los que cabe destacar al Licenciado Caparros, comisario, Remiro de Beruete, escribano, Juan de Aldaz, alguacil, y por último varios criados– enviados por el Conde de Lerín para recibir información de un suceso ocurrido un año antes provocó esta situación.

Los emisarios del Condestable de Navarra buscaban los restos de una picota que había sido destruida en 1592. Enseguida fueron encontrados aquéllos, aunque nadie quiso ayudarles en su traslado y los pocos que acudieron fueron amenazados. Aparecieron “muchos vecinos, con mucho bullicio, diciendo con qué autoridad mandaba el dicho licenciado que llevasen la dicha piedra”. “Era tanta su rebeldía y resistencia y el mucho ruido y alborote”, que el comisario, los oficiales y criados del condestable se retiraron a la posada. Desde una de sus ventanas uno de los criados, llamado Juan Tomás, pudo oír la conversación de “dos mujeres del pueblo hablando la una con la otra”, en la que una recriminaba a la otra por qué “había vendido tan barato el manojo de espigas a los comisarios” pues “ella le hubiera dado más para sus gallinas”. Fue entonces cuando éste las increpó y les dijo: “¿qué agravio se os hace?, ¿no sois vasallos del condestable?”, a lo que María de Irisarri respondió: “judío, perro, ¿a quién llamas vasallos del condestable?”. Fue entonces cuando ésta comenzó a gritar congregando gran concurso de gente. Ante esto el alguacil salió a la calle y “rogó a toda la dicha gente que se recogiesen en sus casas, que nadie les haría injuria de palabra ni de obra, ni se le había hecho cosa ninguna a la dicha María de Irisarri para andar de la dicha suerte alborotando el pueblo”. Lo mismo les dijo el comisario, y todo pareció tranquilizarse, pero María de Irisarri volvió a la carga pues “con alteración y publicidad a grandes voces, y con muchos extremos” profirió palabras similares. Poco después se habían “juntado más de doscientas personas” en “las calles que están a la parte de la dicha posada, todos muy acelerados y amotinados”¹⁰.

Hubo ocasiones en las que la pérdida de la jurisdicción supuso una excusa fundamental para el surgimiento de tensiones vecinales¹¹. No sorprende, por tanto, que el 22 de junio de 1675 estallase en Fitero un motín contra los religiosos del monasterio. La tarde de aquel día se celebró una procesión alrededor de las naves de la iglesia que fue reprendida por varios vecinos con el lanzamiento de piedras mientras les gritaban a los frailes “pícaros, tiranos, sayones y crueles”. Fruto de aquellas pedradas fueron heridos varios religiosos. Sin embargo, fue durante la noche cuando una multitud “fue por las calles dando voces a son de caja en forma de tumulto”. Unos desórdenes que continuaron durante la mañana del 23. El objetivo de aquella turba era el monasterio, por ello “se encaminó todo el motín hacia el convento” y cuando llegaron “a las puertas se oía ruido de mueran con muchas palabras afrentosas”.

¹⁰ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 29158, fol. 1.

¹¹ BURGO LÓPEZ, C. (1989). “La conflictividad en torno al pago de la renta foral en Galicia a finales del Antiguo Régimen”. *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Moderna*, 4, p. 147; LÓPEZ SABATEL, J. A. (2008). “Resistencias parciales y abiertas: conflicto de clases en el medio rural gallego (siglos XIII-XV)”. *Estudios Humanísticos. Historia*, 7, p. 136; USUNÁRIZ, J. M. (1999). “Nuevos señoríos, nuevos señores. Navarra y la venta de jurisdicciones durante la Edad Moderna”. *Cuadernos de Investigación Histórica*, 17, p. 9.

Finalmente los amotinados lograron entrar en el recinto religioso en número de “pasadas de quinientas personas” entre hombres y mujeres gritando: ¡estos pícaros se lo merecen!, ¡estos perros tienen la culpa!”. Aquéllos “profanaron todo el monasterio, sin dejar coro, dormitorios, refectorio, cocina, enfermería y hospedería, hasta saquear las tres últimas oficinas hurtándoles las sábanas y camisas y rompiendo con palos cuanta vasija toparon y desquiciando con vigas y troncos las puertas de las celdas de los religiosos”¹². ¿Qué pudo haber detrás de este suceso? Son los propios religiosos los que nos anuncian la existencia de desavenencias entre ellos y la villa de Fitero, puesto que esta última pedía al convento “se aparte de dicha merced y de su ejercicio a perpetuo por bien de paz y porque parece es más servicio de nuestro señor”¹³. Sin duda, lo que los vecinos anhelaban era que el monasterio renunciase a la posesión de la jurisdicción criminal en ejercicio perpetuo que le había sido reconocida.

Por otra parte, si hubo otro acto que generó inestabilidad en muchas poblaciones fue el cobro de impuestos, más cuando los señores delegaban su ejecución a los comisarios. Su presencia fue una de las más evidentes muestras del poder que ejercía el señor en determinadas localidades. Es por ello que la percepción de estos gravámenes se convirtió en determinadas circunstancias en una carga extremadamente gravosa que originó el estallido de altercados violentos. Cabe destacar en Navarra el suceso que tuvo lugar en 1575 en Miranda de Arga. Hasta allí se trasladó el alguacil mayor, Antonio de Lodosa, “a cobrar los cuarteles que tenía derecho a cobrar el Condestable de Navarra”, que en total era “ciento nueve ducados y un real de cuartel”, ante lo que muchos vecinos “le rogaron se volviese sin ejecutar diciendo que ellos irían con el dinero el día siguiente a Lerín”. Sin embargo, “no cumplieron” con lo prometido, lo que provocó que nuevamente fuese Lodosa hasta dicha localidad para cobrarlos. A su llegada se encontró con el alcalde de Miranda y Martín de Bergara, quienes le dijeron “cómo volvía a Miranda a hacer la ejecución” y siguieron diciéndole “así que vais a ejecutar, pues juro a Dios que podría ser que volviéseis sin vara”. Una vez llegado a la villa requirió a dos jurados, llamados Jorge Calvo y Sebastián Calvo, que “le pagasen o consignasen bienes para hacer la ejecución”, sin embargo, “ellos por burla respondieron que era feria franca en Miranda y que no podía ejecutar” y “tornó a requerir al teniente de alcalde y a otro jurado que se llama Pedro Benedit y Jorge Garcés” que hiciesen lo que les mandaba. Éstos respondieron que “les leyese el mandato” y cuando comenzó a leerlo “porque decía en él de mi villa de Miranda comenzaron a decir: ¿qué cosa es mi villa de Miranda?, bórrense esas palabras” y por todos sus medios “esforzaron de quitarle el mandamiento para borrarlas” y a la vez “advirtieron al dularo que apartase la dula porque no hiciese la ejecución en ella”. Visto aquello, y aunque el alguacil trató de hacerles frente, le dijeron: “a palos quitémosle la vara y matémoslo, que Miranda bien pagará la muerte de un alguacil”, así como también gritaron “que le echasen en el pozo de la puente” porque “no le tenían por alguacil ni por nada”. En definitiva, que “no le permitieron hacer nada, perturbándolo y pusieron malas voces, y así se hubo de venir y fue compelido el dicho alguacil volverse a Lerín sin hacer cosa alguna por las dichas fuerzas, agravios y opresiones”¹⁴.

Al margen de los disturbios violentos que se originaron en torno al cobro de los cuarteles y alcabalas también debo resaltar los desórdenes que surgieron en relación con el pago de las

¹² AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 4333, fol. 2.

¹³ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 4333, fol. 5.

¹⁴ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 38567, fol. 11.

pechas. Lo cierto es que fueron constantes los litigios judiciales que se entablaron fruto del impago de estas gravosas cargas. En Navarra las pechas eran los pagos tanto en especie como en dinero que determinadas familias en algunas comunidades vecinales debían efectuar al rey o a señores laicos y eclesiásticos. Debe ser resaltado el caso que tuvo lugar en 1760 en la localidad de Arre. El Conde de Villarrea se querelló contra varios regidores y vecinos de Arre y Oricain. El desencadenante que propició que se iniciase este proceso judicial fue que cuando Lucas de Remacha y Díaz, alcalde mayor, fue a cobrar la pecha concejil que ambas localidades pagaban anualmente tuvieron lugar distintos altercados contra los comisarios que fueron a efectuar el cobro. Como era costumbre el peso de las cantidades que debían pagar lo realizaban dichos personas con una “raedera regular” para el trigo y un “mimbre seco” para la avena. Ambos utensilios de medición los portaban los emisarios del Conde, aunque parece ser que en esta ocasión el vecindario se opuso a que éstos utilizasen el mimbre que habían traído porque alegaban que no cumplía con los requisitos exigidos. Los habitantes de Arre le exhortaron a que emplease el que otros años se había utilizado, y ante su negativa le fue sustraído el mimbre que éste portaba. Pese a que tras unas horas éste fue encontrado ya había decidido ir a Pamplona para dar noticia de todo lo acontecido.

Sobre las cuatro y media de la tarde cuando se dispusieron a abandonar la localidad de Arre tanto Lucas de Remacha, Joaquín de Ilargui, Martín de Goñi, Miguel Blanco y José Francisco Burges se toparon con “mucho concurso de casados y solteros de ambos lugares”¹⁵. En cuanto “anduvieron como seis pasos les alcanzaron con alguna aceleración y mucha clamación los dichos vecinos y otros tantos, más de mozos y muchachos”, quienes “gritaban con repetición en vascuence: euchi, euchi”¹⁶ mientras entre tres o cuatro le agarraban a Remacha de la casaca y de uno de los mimbres que llevaba en la mano. Poco después cuando éste entregó los mimbres pretendidos por los de Arre y Oricain y “empezó a seguir el camino se renovaron las voces en que decían agarrarle”, y en efecto “se detuvieron dos veces, asiéndole especialmente una mujer” que “con aire descompasado quería hacerle retroceder a dicho Remacha al palacio cogiéndole varias veces de la casaca”¹⁷. Finalmente se fueron aunque les siguieron hasta Villa-

El temor de los demandantes

A lo largo de estas centurias las demandas que interpusieron los señores fruto de los ultrajes y desafíos que sus vasallos perpetraban contra ellos se caracterizaron por hacer una mención explícita tanto de sus prerrogativas como de sus derechos. No obstante, no es menos cierto que también se caracterizaron por mostrar su repulsa frente a la actitud de los amotinados. Tanto es así que los señores en sus alegatos argumentaron de forma reiterada su temor ante los desenfrenos del populacho. Así fue como en la queja criminal presentada por Antonio de Beaumont Álvarez de Toledo en 1593 señaló que en Larraga buena parte del vecindario “juntos en cuadrilla a mano armada amotinando y rebelándose contra la justicia y perdiendo de todo punto el respeto y obediencia que deben a vuestra majestad”. Para ello “tres o más veces repicando

¹⁵ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 155396, fol. 9.

¹⁶ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 155396, fol. 16.

¹⁷ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 155396, fol. 18.

las campanas al arma han querido matar sin causa ni ocasión sólo porque hacían bien su oficio a los dichos comisarios”, fruto de aquello fueron “a su posada a efectuar su mal propósito y lo hubieran efectuado sino se hicieran fuertes con sus armas en los alto de la escalera”¹⁸. En la acusación de los procuradores del Condestable contra 61 vecinos de Larraga se indicaba que “más de diez veces se han levantado y amotinado contra los ministros de justicia, sus superiores, haciéndoles fuerza y resistencia, hiriendo, afrentando, injuriando y maltratándolos con palabras y obras muy atroz y gravemente en sus personas, juntándose los unos en favor de los otros a repique de campana”. A lo que debía unirse el hecho de que “como nunca han sido castigados por ninguno de los dichos delitos ha crecido y crece en ellos la soberbia”, por lo que “después de acá los susodichos han cometido delitos gravísimos”¹⁹.

No fue menos importante que tratasen de reseñar los ataques sufridos en sus legítimos derechos. La amenaza a sus prerrogativas propició airadas defensas a través de los procesos judiciales. Tanto es así que en 1596 el Duque de Alba se querelló contra varios vecinos de Barbarin porque “como es notorio” disponía de la “jurisdicción baja y mediana en toda la Valle de Santesteban de Juslapeña”, en donde se encontraba la localidad de Barbarin “y han sido y son del Condestable los cuarteles y alcabalas”, por ello estaba permitido que “pueda cobrar por sí o sus oficiales los cuarteles y alcabalas”²⁰. Sin embargo, habiendo ido García Velasco, alguacil, y Jerónimo Portal, escribano real, hasta dicha población el 14 de abril a requerir a los jurados locales que les pagasen “noventa y cinco ducados y trescientos y sesenta y siete maravedís de cuarteles y tres ducados y doscientos y cuarenta maravedís de alcabala” o para que les “consignasen bienes en que hacer ejecución”. Pese a ello, dichos personajes les respondieron que en Barbarin “no hay bienes de concejo de labradores para pagar los cuarteles y alcabalas”, lo que provocó que el alguacil hiciese “ejecución por ellos en una pieza del concejo del dicho lugar que estaba sembrada de trigo”, mandando a Pedro Ruiz de Eguinoa “que pregonase la pieza ejecutada, como en semejante caso se suele hacer”. Sin embargo, “queriéndola pregonar” llegaron hasta donde estaba Juan López de Luquin, Juan de Salanueva y Juan López, quienes “con mucho estruendo y alboroto comenzaron a amenazar al pregonero y a prohibirle que no pregonase la pieza ejecutada” porque “no se lo consentirían, antes si lo hacía le prenderían y llevarían preso, y pusieron manos en él”. Junto a ello también le dijeron “que no llevase levantada la vara e insignia que traía de alguacil y justicia, sino arrastrando por el suelo, que así la había de llevar”²¹, todo lo que provocó que Velasco se tuviese que ir sin haber podido efectuar su cobro.

Junto a esto, en ciertas ocasiones la existencia de cargos señalados directamente por determinados señores significaba un recorte en las atribuciones de la comunidad. Éstos constituían la representación constante del poder señorial. La animadversión que en muchas localidades profesaron hacia estos personajes fue tan desmedida que los desacatos y las resistencias a sus decisiones y a su mera presencia fue una pauta constante durante los siglos XVI y XVII. No sorprenderá que en Dicastillo en 1526 fuesen acusados Juan García, Pedro de Zufía, Juan Remírez y Juan de Oteiza porque un día entraron en términos y heredades de dicho lugar “a

¹⁸ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 29158, fol. 8.

¹⁹ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 12721, fol. 243.

²⁰ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 71404, fol. 3.

²¹ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 71404, fol. 4.

manera de guerra armados”, todos ellos “con sus lanzas y otras armas ofensivas” hirieron a Juan de Mediavilla “de una lanzada en la cabeza de que le rompieron el cuero y le sacaron sangre”. Debido a ello a los vecinos de Dicastillo “les fue cortado a repique de campana de salir a defender a sus vecinos”²². Todo esto provocó que el Condestable de Navarra se quejase contra los vecinos de Dicastillo porque éstos estaban en “rebeliones manifiestas y notorias” haciendo “ayuntamientos y monipodios”, ya que hacían “rebelión a los oficiales del Condestable”, los cuales “tiene para regir y administrar justicia en el condado y lugar de Dicastillo”, puesto que sus vecinos les hacen frente “no consintiéndoles ejecutar penas foreras, ni arbitrarias algunas, ni penas de sangre, de homicidios, ni de medios homicidios”²³.

Parecida fue la actitud que mantuvo Antonio Enríquez de Navarra, quien presentó una demanda en 1531 por el desacato que ejercieron varios vecinos de la localidad de Ablitas contra su Baile, Martín de Angulo. Un día del mes de abril estaban riñendo Martín Andrés y Antonio Ruiz junto a la iglesia y Angulo intentó mediar entre ambos, sin embargo Ruiz se revolvió contra éste y finalmente apresó a los dos, y “llevándolos así presos gritaban diciendo que eran jurados”, ante lo que algunos vecinos aparecieron en su ayuda y “le quitaron a los dos presos que llevaba” diciéndole que “si iba a prenderles le darían de estocadas”²⁴. “Andando en la revuelta” fue cuando Angulo “por asir el uno al otro” decidió prender a Ruiz, y “siendo preso y llevarlo le dijeron al Baile no llevéis a este hombre sin mostrar con qué poder”, a lo que Angulo replicó “que ya sabía el poder que para ello tenía”, sin embargo poco después cuando apellidó la voz del Rey para que le ayudasen llegaron La Paz y Muñoz “y le quitaron al Baile contra su voluntad y por fuerza tomado el preso”²⁵ que llevaba. Antonio Enríquez de Navarra alega en su defensa que “la jurisdicción baja y mediana del dicho lugar ha sido y es mía, y he estado y estoy en uso y posesión, y mis pasados estuvieron en el suyo de usar y ejercitar aquella por mí y por mi Baile”, a lo que además añade que “estoy por mi dicho Baile, en mi nombre en uso y posesión de prender y encarcelar a fin de remitir a los delincuentes”²⁶.

A su vez, uno de los elementos simbólicos que representaban la autoridad de los oficiales eran las varas de justicia. Estas últimas significaban el dominio jurisdiccional al que determinadas localidades navarras se veían sometidas por sus respectivos señores. De este modo, cabe destacar el suceso que tuvo lugar en 1574 en la localidad de Miranda de Arga. Allí fue nombrado como preboste Juan Esteban por parte del Condestable de Navarra “en virtud del derecho y posesión que tiene en hacerlo”. Según parece el 28 de marzo Pascual de Ezquerro, Miguel Fernández y Jorge Garcés, jurados, “sin causa y ocasión alguna justa salieron a él y le dijeron con mucha soberbia y alteración” diciéndole “por qué traía vara, pues le estaba vedado por el concejo que no la trajese”, a lo que Esteban les replicó “que no había tal veda” y a ello Ezquerro le contestó “voto a Dios que habíamos de tomar el escrito con un dogal y echarlo al río”. Viéndolos así alborotados Pedro de Mena les dijo “mirad señores lo que hacéis porque Juan Esteban es preboste y ha dado la fianza que vosotros le pedíais de su voluntad”, así que “intentad haced lo que os conviene y debéis y no hagáis excesos”, fruto de lo cual salieron otros vecinos que “comenzaron a dar favor y ayuda a los jurados y a decir con muchas y altas voces

²² AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 26841, fol. 1.

²³ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 35763, fol. 84.

²⁴ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 104, fol. 1.

²⁵ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 104, fol. 3.

²⁶ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 104, fol. 5.

que estaba bien dicho lo que ellos decían”²⁷. El Condestable de Navarra se quejó de que “por privilegio y por costumbre y posesión inmemorial en que ha estado y está de llevarlos por sí y sus prebostes de hecho los jurados le han quitado los dichos derechos y se los han llevado ellos”, todo ello “por hacer daño al preboste y por disminuir la jurisdicción al Condestable”²⁸.

Orden y control: el papel de las autoridades navarras

Cuando se analiza el papel que desempeñaron las autoridades navarras a la hora de hacer frente a los disturbios antiseñoriales que se ocasionaron nos llama poderosamente la atención el hecho de que su mayor preocupación fuese mantener la estabilidad comunitaria. Tratando de conseguir, de esta manera, que el orden público no se viese alterado. Como podremos comprobar a lo largo de estas líneas, las autoridades civiles del reino trataron de hacerse con el monopolio de la violencia con el objetivo último de pacificar la sociedad navarra de los siglos modernos.

Sin duda, los alborotos populares supusieron una de las principales preocupaciones de las autoridades durante estas centurias. Resultó habitual que la furia del vecindario se manifestase a través del estallido de comportamientos reaccionarios en los que demandaban la satisfacción de sus exigencias. Lo que caracterizó a estos comportamientos —como lo atestiguan algunos estudiosos²⁹— fue su carácter colectivo. En lo que respecta al caso navarro podemos destacar los disturbios de cariz antiseñorial que se produjeron. Así, por ejemplo, en 1575 en la localidad de Dicastillo se ocasionó un alboroto contra Martín Ochoa, baile, cuando este personaje intentó apresar a Martín de Zalduendo, lo que provocó que varios vecinos fuesen en su ayuda contra Ochoa. Sin embargo, en este proceso el Fiscal recoge una interesante argumentación para el mantenimiento del orden público evitando los escándalos que se solían originar, ya que en este caso los acusados “delinquieron muy gravemente y quedaron todos muy escandalizados de haber visto un caso de tan grande atrevimiento y mal ejemplo de la república”, lo que podía ocasionar “a no castigarse lo susodicho con mucho rigor y castigo ejemplar sería dar ánimo y atrevimiento a que los dichos lugares y vasallos del dicho Condestable se atrevan a hacer y cometer semejantes fuerzas y desacatos a vuestra justicia real y a los ministros de ella”³⁰.

En torno al 10 de julio de 1575, Diego Gómez señaló que estando el vecindario reunido en concejo “vio que Antón de Borja, Andrés Velasco y Francisco Baigorri se levantaron y principiaron a voces diciendo entre los demás concejantes con alborote y motín” palabras a los labradores, así les dijeron: “labradores a un cabo, labradores a un cabo, trabándoles de los brazos y sacando a los labradores de entre los concejantes”. Fruto de aquello “hubo mucha división

²⁷ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 28180, fol. 1.

²⁸ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 28180, fol. 3.

²⁹ Véanse FLANDRIN-BLÉTY, P. (1998). “Violences rurales en Limousin au bas Moyen Age, d’après les lettres de rémission. Une délinquance de la reconstruction”. En D’Hollander, P. (ed.). *Violences en Limousin à travers les siècles*. Limoges: Pulim, p. 66; GREENSHIELDS, M. (1994). *An economy of violence in Early Modern France. Crime and Justice in the Haute Auvergne, 1587-1664*. Pennsylvania: Pennsylvania State University Press, p. 98; MUCHEMBLED, R. (1994). *Société, cultures et mentalités dans la France moderne, XVIe-XVIIIe siècle*. Paris: Armand Colin, pp. 107-108; BEIK, W. (1997). *Urban protest in seventeenth-century France. The culture of retribution*. London: Cambridge University Press pp. 61-62; BERCÉ, Y. M. (1990). *History of peasant revolts. The social origins of rebellion in Early Modern France*. London: Polity, p. 42.

³⁰ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 69217, fol. 129.

y diferencias” y como consecuencia de ello “se dejó de hacer el concejo y se salieron todos y fue que si el alcalde mayor no estuviera allí hubiera muy mucho escándalo y mal entre los concejantes según se principiaron a revolver”, aunque fuera del concejo “estaban muchos mozos”, todos ellos “con sus espadas” y “estaban amotinados, especialmente vio alborotados a los tres hijos de Pedro Baigorri, y a otro de Pascual Gil, y a dos hijos de Juan Tomás y a un hijo de Pedro Pinillos, a un criado de Bertol Velasco y a Juan Tabar”³¹. A su vez Diego Tomás, escribano real, nos informa que cuando Miguel de Arburua “vino con una Provisión de su Majestad o de los Señores del Real Consejo para hacer juntar concejo” se produjo cierto desorden público, pues “estando juntos todos los vecinos” Arburua comenzó a leer la citada provisión que trataba sobre la elección de un procurador del común. Una vez que acabó de leerla Pedro Palacio, alcalde, dijo: “señores aquí hay tres parcialidades de gentes que son hidalgos, labradores y oficiales, y de mi parte no conviene que haya procurador de común, ni a los labradores nos conviene porque había muchas divisiones”, tras ello Antón de Borja se levantó de su asiento diciendo “procurador no lo ha de haber, mirad labradores lo que hacéis que os echáis a perder si consentís que haya procurador de común”³². Como consecuencia de aquellas divisiones, según indica el Fiscal, se originaron “grandes ocasiones para que se amotinara y alborotara todo el lugar y hubiera muertes, y sucedieran otros muchos escándalos y ruidos”, debido a ello “conviene así para la buena administración de la justicia como para la pacificación, quietud y sosiego de aquella villa y ejemplo de la república que con particular rigor y demostración sean castigados”³³.

En Fitero en 1675 nos encontramos con Gil Rupérez, alcalde ordinario, quien señaló que la mañana del domingo habiendo ido a ver unas heredades fue a rezar a la capilla del monasterio y allí se encontró con varias mujeres que le dijeron: “¡Señor, que se pierde el lugar porque hay mucha revolución!” y fue enseguida a “la parte donde se oía el ruido y fue cerca de la puerta por donde se va al baño” donde comprobó que “había grande multitud de gente y que ésta se componía de hombres, mujeres y muchachos” y que “por ir tan ciego de cólera no pudo hacer juicio si estaba allí la mayor parte del lugar ni si había forasteros”³⁴. Poco después se encontró que “la multitud de gente” iba por la calle “de los barquillos sonando la dicha caja y pasaron hacia el sitio que llaman la placilla”³⁵. Todos ellos fueron a la segunda puerta del convento “y la abrieron con violencia y todos entraron”, mientras el alcalde del crimen “rogó en muchas ocasiones” apellidando la voz de su majestad “se detuviesen porque se perdía toda la villa, pero ninguno se detuvo”, con lo que este testigo y el alcalde del crimen entraron con ellos en el convento y trataron de evitar males mayores, así encontró al Abad “metido en el escorche de una escalera” y le dijo “que saliese y no temiese que le asistiría y defendería aunque fuese a costa de su vida”. A eso de las cuatro de la tarde se acabó el motín. Gil Rupérez les dijo a los amotinados para calmar los ánimos que el Abad “les perdonaría y haría un papel en la conformidad que quisiesen”, el cual cuando estuvo redactado fue tomado por Juan de Arellano, quien “en voz alta les leyó a todos en la plaza de la cillerería”³⁶.

³¹ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 28227, fol. 38v.

³² AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 28227, fol. 39.

³³ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 28227, fol. 158.

³⁴ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 4333, fol. 98.

³⁵ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 4333, fol. 99.

³⁶ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 4333, fol. 100.

De la misma manera Joaquín de Narcue, comisario y receptor de los tribunales, aseveró en 1760 que cuando salieron del palacio de Arre se toparon con gente “con voces bastante alteradas y ásperas” diciéndoles que les entregasen los dos mimbres, a lo que se negó Remacha tajantemente. Junto a la puerta del palacio se hallaba “un numeroso concurso de gentes de casados, mozos y mujeres de ambos lugares”, quienes “le embarazaron prorrumpiendo con voces altas y enfurecidas” diciéndole “que si no dejaba las mimbres que llevaba como es la una en la mano y la otra en el bolsillo no le permitirían salir del lugar”³⁷ y continuaron importunándole. A su vez señala que “en vista de semejante tenacidad y empeño con que apuraban” en “quererle quitar con fuerza y violencia dichos mimbres”, en un número total de “cincuenta o sesenta personas de hombres mozos, y mujeres” se retiraron nuevamente al palacio. Cuando nuevamente intentó salir de allí “volvió dicha turba de gente a atropellar con más furor e intrepidez que la primera y viéndose rodeado de tantos hombres mozos y mujeres conjurados” les dijo en altas voces “¿me reconocen vuestra mercedes por alcalde mayor?”, a lo que respondieron “sí señor, pero no lo dejaremos sin que nos entregue las mimbres”³⁸.

Conclusiones

Las resistencias que surgieron en distintas poblaciones del reino de Navarra contra el dominio señorial encerraron una profunda complejidad. Las tensiones y enfrentamientos de carácter antiseñorial aguardan una explicación mucho más difícil de lo que a simple vista pueda parecer. Sin duda, la dominación y los abusos de los señores suscitaron en determinadas situaciones disturbios dirigidos contra sus atribuciones. Pese a ello, los ataques contra el régimen señorial no fueron nunca la respuesta a la actuación desmedida de determinados señores sino más bien la consecuencia directa de la existencia de una contradicción objetiva entre los intereses que entraban en juego y que trataban de defender tanto unos como otros.

Como se constata cada acontecimiento tuvo sus propias características y unas causas concretas que lo explican, lo que nos hace pensar que detrás de estos sucesos existió un profundo malestar heredado con anterioridad. Así fue como se gestó un ideario popular contra los señores locales, por lo que sus actuaciones y excesos funcionaron como detonante para el estallido de desórdenes públicos, aunque éstos obedecieron en última instancia al sistema de valores imperante en cada comunidad. Unas creencias populares que fueron compartidas por la mayor parte de los vecinos que se vieron sometidos al yugo de ciertos señores. Por lo que no ha extrañado que los amotinados se revelasen contra aquella insostenible e injusta situación.

No obstante, la actitud de los demandantes se ha comprobado que fue totalmente contraria porque siempre se encargaron de resaltar en sus denuncias el carácter virulento y desmedido de los acusados para tratar de justificarse. Otro de los objetivos que persiguieron sus alegatos fue reafirmar sus prerrogativas. En las demandas que presentaron los señores se aprecia una enorme variedad de motivaciones, aunque por encima del resto se constata que todos ellos surgieron en un contexto predeterminado que ayuda a explicar que en ciertos momentos se produjesen unos sucesos u otros. Bien es cierto que, por encima del resto, conviene destacar que una de las principales prerrogativas que podían ostentar los señores sobre sus vasallos fue

³⁷ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 155396, fol. 23.

³⁸ AGN, Tribunales Reales. Procesos, núm. 155396, fol. 24.

el ejercicio de la jurisdicción criminal. En otras ocasiones la obtención de prerrogativas jurisdiccionales supuso también la explosión de motines extremadamente virulentos en los que se reprodujeron tanto el asalto de casas y propiedades particulares durante el día y la noche, así como agresiones selectivas junto a disparos y cánticos intimidatorios.

Por contra, lo realmente interesante ha sido comprobar el punto de vista que manifestaron las autoridades navarras ante estos acontecimientos. En ningún caso se posicionaron del lado de los amotinados, pero tampoco mostraron un decidido apoyo a los demandantes en sus alegatos y exigencias jurisdiccionales. Como norma general optaron por mostrar su disconformidad con los sucesos porque provocaban alteraciones en el orden público, sin entrar a valorar las razones que esgrimían los procuradores que contrataban los señores en su defensa de sus intereses. Más bien al contrario, lo único que les interesaba era mantener la estabilidad comunitaria. Controlar el orden público fue su principal meta durante estas centurias, aunque dicha postura también invita a pensar en la sorda acción de las instituciones por poner fin a los privilegios señoriales.

En definitiva, a través de esta comunicación se ha constatado que la pervivencia del entramado señorial nos ha dejado entrever un foco constante de conflictividad que se reprodujo reiteradamente a lo largo de la Edad Moderna, aunque parece que con mayor virulencia entre los siglos XVI y XVII. La tónica general de estos altercados nos advierte que tras ellos siempre estuvo el anhelo de cualquier señor por lograr mantener sus prerrogativas y privilegios. En suma, los señores jurisdiccionales pretendieron afianzar su autoridad frente a sus comunidades vecinales, por ello emplearon sus alegaciones para perpetuar sus derechos. Lo que, a su vez, originó el estallido de virulentos altercados por parte de la sociedad navarra. Un contexto social que trataron de controlar las autoridades del reino para poner freno a las nefastas consecuencias de aquellos enfrentamientos.

[ÍNDICE]